

¡Al fin! Un completo estudio sobre sociabilidad

Sociabilidad, religión y política en la definición de la Nación. Colombia, 1820-1886

GILBERTO LOAIZA CANO

Universidad Externado de Colombia, colección Bicentenario, Bogotá, 2011, 469 págs., il.

EL LIBRO que nos ocupa es producto de la tesis doctoral del autor en Sociología, en Iheal-Sorbonne Nouvelle, y obtuvo el prestigioso premio de la Fundación Alejandro Ángel Escobar, en la modalidad Ciencias Sociales, que es el mayor reconocimiento científico del país. Con anterioridad, Loaiza adelantó estudios biográficos sobre Luis Tejada¹ y Manuel Ancízar², que le permitieron acercarse, con propiedad, a la época y a la cultura de la segunda mitad del siglo XIX. Como resultado de una investigación académica conserva varios elementos propios de esas labores: adelanta un balance bibliográfico sobre los temas a tratar, un estado del arte, en el que presenta la bibliografía escrita sobre la sociabilidad liberal, la sociabilidad conservadora, y la sociabilidad presente en la escuela y la religión, mostrando cierta crítica, el sello de la escuela historiográfica francesa es evidente, en especial en el esfuerzo que hace por consolidar información en cuadros resumen, que resultan útiles. Sin embargo, por ejemplo, en el caso de las Sociedades Democráticas de Artesanos encontramos que el balance es incompleto, pues no consultó el clásico libro de Ignacio Torres Giraldo³, o los artículos de Humberto Triana y

1. Gilberto Loaiza Cano, *Luis Tejada y la lucha por una nueva cultura*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, Instituto Colombiano de Cultura, 1995.

2. Gilberto Loaiza Cano, *Manuel Ancízar y su época (1811-1882)*, Medellín, Universidad de Antioquia, Universidad Nacional, Fondo Editorial Universidad Eafit, 2004.

3. Ignacio Torres Giraldo, *Los inconformes. Historia de la rebeldía de las masas en Colombia*, Bogotá, Editorial Margen Izquierdo, 1973-1974.

Antorveza⁴, J. León Helguera⁵ y David Sowell⁶; no presenta el análisis de manera cronológica, lo que hubiese permitido ver la evolución de la reflexión sobre las mencionadas sociedades.

El primer capítulo trata sobre las “Sociedades Democráticas de Artesanos”, en la que Loaiza hace una importante consulta documental, desde hojas volantes, artículos de prensa, etc., que le permitió reconstruir un cuidadoso cuadro sobre el desarrollo de estas sociedades, desde 1820 hasta 1886, y establecer, con acierto, los principales momentos de esta sociabilidad, en los que destaca su estrecha vinculación con el Partido Liberal, para el caso de las democráticas, y con el Partido Conservador, para las católicas, suministrando una visión nacional de estas sociedades, apartándose de cierta tendencia de estudiar y analizar en profundidad la Sociedad Democrática de Bogotá pues, sin duda alguna, esta fue el punto de referencia de las demás sociedades del país. Pese a querer separarse de la mencionada tendencia historiográfica, el autor hace su propia historia sobre la Democrática de Bogotá, entre 1847-1854, haciendo hincapié en la vinculación entre la política partidista electorera y esa Sociedad.

Aporta importantes datos sobre las sociedades democráticas erigidas a partir de 1849 en territorio de la Nueva Granada: Cartagena, Cali, Pasto, Neiva. Dentro de estos datos es importante el que da sobre Cartagena, ciudad en la

4. Humberto Triana y Antorveza, “Extranjeros y grupos étnicos en los gremios neogranadinos”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Banco de la República, vol. 8, núm. 1, 1965, págs. 24-32.

— “Exámenes, licencias, fianzas y elecciones artesanales”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Banco de la República, vol. 9, núm. 1, 1966, págs. 65-73.

— “El aspecto religioso en los gremios neogranadinos”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Banco de la República, vol. 9, núm. 2, 1966, págs. 269-281.

— “La protección social en los gremios de artesanos neogranadinos”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Banco de la República, vol. 9, núm. 3, 1966, págs. 432-440.

5. J. León Helguera, “Antecedentes sociales de la revolución de 1851 en el sur de Colombia (1848-1849)”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, núm. 5, 1970, págs. 53-63.

6. David Sowell, “Agentes diplomáticos de los Estados Unidos y el golpe de Melo”, en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, núm. 12, 1984, págs. 5-13.

que por primera vez, en 1850, la híbrida sociabilidad democrática dominante hasta entonces, se rompió en una de élite y otra popular. Así como la actuación de intermediarios liberales, en directa correspondencia con la dirigencia liberal de Bogotá, para fundar Sociedades Democráticas, en contravía de las autoridades locales que normalmente eran conservadoras. Asimismo, es muy válido el planteamiento de la estrategia utilizada para impulsarlas: primero se formaron Sociedades Democráticas en los principales centros urbanos de la época y, a partir de ellos, se generó una especie de fuerza centrífuga para su expansión en las parroquias más cercanas [Loaiza, 2011, pág. 84]. Son importantes los datos que aporta sobre la actuación de los mencionados intermediarios, pues si bien fueron en su mayoría abogados, también hubo presbíteros y funcionarios públicos.

Pese a que no consultó el estudio más completo sobre la Comisión Corográfica, desde el punto de vista de la historia de la Ciencia, el de Olga Restrepo Forero⁷, aporta un análisis importante sobre dicha institución: dio cuenta de las formas predominantes de poder local, y una evaluación sobre el papel que cumplía el sacerdote católico en cada aldea. Examen que estimuló las reformas administrativas aprobadas en la Constitución liberal de 1853 que fomentaron la descentralización, el desarrollo de instituciones políticas municipales y la formación de cuerpos legislativos locales. Al tener en cuenta la participación de curas liberales de espíritu jacobino, no solo en la formación de Sociedades Democráticas, sino en la política regional y local, y en la defensa de los ideales promovidos por el liberalismo, Loaiza aporta un elemento importante pues permite visualizar y matizar el conflicto religioso, desde un punto de vista mucho más amplio que el que tradicionalmente se ha tenido: la Iglesia neogranadina nunca actuó como cuerpo político unificado, la dirigencia eclesial (arzo-bispo, obispos, y demás jerarcas), así como un número importante de sacerdotes, estuvieron en concordancia con las ideas conservadoras, pero hubo un

7. Olga Restrepo Forero, *La Comisión Corográfica: avatares en la configuración del saber*, Bogotá, Universidad Nacional, tesis en Sociología, 1983.

significativo número de curas párrocos y presbíteros que promovieron el ideario liberal, y que desempeñaron un importante papel en la división clasista del liberalismo entre Gólgotas (la élite) y Draconianos (sectores populares, en especial artesanos).

Retomando a Renán Vega⁸, Loaiza hace una interesante presentación de las Sociedades Democráticas regionales, teniendo en cuenta la especificidad socioeconómica de las regiones, y las escisiones clasistas allí surgidas, que le permite afirmar que en torno a las Sociedades Democráticas hubo una sociabilidad híbrida y explosiva que no podía estar exenta de los conflictos de clase ni ignorar la diversa composición social regional. Contrariamente a otros autores que han trabajado la temática, no hace mayor hincapié en las divisiones al interior de estas, entre oficialistas liberales y socialistas, como tampoco en la conformación de la Escuela Republicana en 1851. Resalta, con acierto, en la confrontación de la Guardia Nacional, restándole importancia a la participación de la democrática, a través de esos entes, en las guerras civiles, en particular las de 1851 y 1854. Asimismo, eventos importantes como la ejecución de José Raimundo Russi, son apenas tratados. Les resta importancia a los protagonistas artesanos, y no adelanta ningún tipo de crítica sobre estos. Ubica a Ambrosio López en el mismo nivel que otros artesanos, cuando, con suficiencia, se ha analizado a López como tráfuga del movimiento artesanal democrático. Por momentos, comete errores en lo relacionado con la división política neogranadina: en 1851 no existían estados, estos solo aparecieron hacia 1855, lo que había eran provincias y cantones.

Sorprende que no haya hecho siquiera mención a los directores, promotores y redactores de los periódicos democráticos. Aquí cabe una pregunta ¿el periodismo no fue una forma de sociabilidad?, tal como presenta Loaiza a los mencionados periódicos, parecería que sí, pero le falta, siquiera en notas de pie de página, profundizar en ellos; cita apartes de periódicos editados por los

artesanos, pero no analiza estas fuentes, su importancia, etc., se limita a decir de muchos de ellos que eran efímeros, coyunturales. El tratamiento que le da a la Revolución de 1854 es demasiado ligero. Interesantes sí son sus planteamientos sobre el desarrollo posterior de las Sociedades Democráticas después del golpe de Melo, y sobre todo el esfuerzo por reconstruir las sociedades surgidas entre 1855 y 1883, las tendencias políticas y las coyunturas, de manera normal electoreras, en que emergieron, las diferentes denominaciones que tomaron y la aparición de caudillos locales, germen indudable del clientelismo que ha caracterizado la política desde entonces. Como también el evidente interés del sector moderado del liberalismo, por revivir las democráticas a lo largo y ancho del país, como estrategia para restarle poder político a los radicales.

Desarrolla algunos planteamientos sobre el miedo al pueblo soberano, idea que siempre, desde antes del proceso de Independencia, estuvo presente en las élites. No obstante, a veces son un tanto ligeras, pues mira la mencionada idea de manera sincrónica, sin profundizar en la génesis, sin tener en cuenta factores determinantes como el racismo. Lanza planteamientos sin desarrollarlos, por ejemplo sobre la vinculación entre procesos electorales y el surgimiento de guerras civiles regionales y locales, o por lo menos manifestaciones violentas, después de 1854. Bien importantes son las apreciaciones de Loaiza sobre el catolicismo de los artesanos, factor que en general no se ha tratado mucho cuando se ha historiado y analizado las Sociedades Democráticas. También, son interesantes, aunque tímidas, las reflexiones sobre la sociabilidad surgida y ligada a las guerras civiles, toda vez que muestra que en vez de ser situaciones opuestas, la guerra civil y la participación electoral se convirtieron en actividades complementarias de la vida republicana, en la construcción de identidades partidistas y en la categoría de ciudadano. Ya se ha mencionado la rapidez con que Loaiza despacha el periodismo, lo mismo hay que decir cuando toca la fiesta cívica, que fue, asimismo, una forma de sociabilidad, en particular en la apropiación del espacio público por los

sectores populares, y en la cimentación de una cultura política republicana.

El segundo capítulo, “La masonería y las facciones del liberalismo”, es un tema atrayente para cualquier lector, ora especialista, ora profano, pues aunque en nuestro medio mucho se ha hablado y especulado sobre la masonería, poco es lo que se ha analizado desde el punto de vista científico. La masonería, como toda organización secreta, clandestina, siempre ha sido un tema de atracción, pero en Colombia se ha dado más a la especulación, por lo general su historia se ha escrito por masones, y en contra de ellos han reflexionado convencidos católicos, conservadores en el común de los casos. En Colombia no existe un especialista en la temática masónica, al estilo de José Antonio Ferrer Benimeli, un sacerdote jesuita español, jubilado de la Universidad de Zaragoza, quien ha dedicado su vida a estudiar el fenómeno masónico. Por lo general, sobre masonería han escrito masones, los casos más conocidos son los de Américo Carnicelli, *Historia de la masonería colombiana 1833-1940* (1975); Julio Hoenigsberg, *Cien años de historia masónica de la R.L. en el siglo XIX reciente* (1964), y en el presente siglo Mario Arango Jaramillo, *Masonería y partido liberal. Otra cara de la historia de Colombia* (2006).

No es aventurado decir que en la historiografía colombiana existe una ausencia notoria: la francmasonería, falencia que no es exclusiva de Colombia, también lo es en otras historiografías latinoamericanas como la mexicana y la argentina. Loaiza Cano no aspira en el capítulo a llenar ese vacío, pero aporta elementos importantes en lo referente al fenómeno asociativo masónico: secularización, universo autónomo, influencia indirecta en la vida pública. Basado en las fuentes tradicionales de análisis sobre la masonería en Colombia, afirma que, salvo en sus inicios, no existió una masonería secreta, las logias nunca necesitaron tener en secreto sus actividades, salvo todo aquello que formaba parte de la parafernalia simbólica del funcionamiento interno de los talleres masónicos, las logias sirvieron de vehículo para acentuar su distinción, su buen gusto y su exclusividad social y política.

Contrariamente a la mayoría de los autores que han abordado el tema de la

8. Renán Vega Cantor, “Liberalismo económico y artesanado en la Colombia decimonónica”, en *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Banco de la República, vol. 27, núm. 22, 1990, págs. 47-65.

RESEÑAS		
<p>masonería, Loaiza no arranca su análisis a partir del siglo XVIII, en los albores de la Independencia, con Nariño y demás precursores, prefiere hacerlo a partir de los inicios de la vida republicana, por lo que adelantó una rápida reconstrucción de la implantación de la masonería en el decenio de 1820, cuando, según él, nace la sociabilidad masónica con un primer ciclo, marcado por un temprano esfuerzo por aclimatar un liberalismo que pretendía relativizar el papel tradicional de la Iglesia católica y, además, parece responder a la necesidad de alinear un personal político protoliberal opuesto al proyecto político centralista, autoritario, y proclive con una conciliación orgánica de Estado e Iglesia, que se resumía en la figura de Simón Bolívar, ciclo que desapareció con el atentado de septiembre de 1828. Particularmente creemos que parte de las desavenencias políticas y personales entre Bolívar y Santander, además de conquistar el amor de una de las Ibáñez, radicó en la implantación ora del rito francés, del que parece Bolívar y algunos de los precursores fueron seguidores, ora del rito escocés, del que Santander y sus adeptos eran partícipes. Hipótesis muy personal pero que podría explicar varios de los problemas surgidos en la naciente república.</p> <p>Una vez muerto Bolívar, en 1830, y disuelta la Gran Colombia, en 1831, resurgió la implantación de logias, y se da un segundo ciclo, como una estrategia para evitar las tentativas separatistas de algunas regiones y con la necesidad de restaurar una red de fidelidad política alrededor de Santander, cuyo núcleo inicial fue Cartagena de Indias, que implantó el rito escocés antiguo y aceptado. En 1833 se creó el Supremo Consejo de Cartagena y la logia Hostilidad Granadina, entidades que fueron importantes para la erección de otras logias en la costa Atlántica y posteriormente en el interior del país, y el mantenimiento de la masonería en épocas difíciles como las de la Regeneración. En general, la masonería implantada en el país a partir de 1833 fue débil hasta 1886, no hubo más de treinta logias en el territorio colombiano, aunque intensa, pues se generaron relaciones evidentes entre la militancia masónica y el acceso a puestos oficiales del control del Estado, incluyendo el de presidente de la república. Fue</p>	<p>un fenómeno evidentemente elitista, muy relacionado con el poder político y la vida cotidiana, y en especial la sociabilidad masónica sirvió a la élite para forjarse una identidad partidista liberal; con dos tendencias regionales en cuanto a la cuestión religiosa: en el centro y el occidente radical, mientras que en la costa Atlántica asumió una posición conciliadora.</p> <p>El Supremo Consejo de Cartagena fue una estructura asociativa que servía como punto de conciliación de una elite regional compuesta de funcionarios públicos, abogados, comerciantes y militares, que no tuvo la beligerancia política que caracterizó la masonería del interior del país, lo que explicaría su larga permanencia. En fin, la masonería costeña podía reunir sin grandes dificultades o enfrentamientos a las facciones políticas más diversas. Existieron desavenencias entre las logias de Cartagena, Santa Marta y Barranquilla, surgidas por la rivalidad para obtener el monopolio sobre las mercancías extranjeras. La masonería costeña se afirmó como generadora de estatus social y político, reunió grupos de familias distinguidas que, de generación en generación, hicieron posible la extensión en el tiempo de la sociabilidad masónica.</p> <p>La distinción regional adelantada por Loaiza es superlativa a la hora de analizar las relaciones entre la Iglesia católica. Mientras que en Cartagena la relación fue de armonía y colaboración, de manera principal en lo relativo a la caridad y la filantropía, allí no fue raro encontrar conservadores masones, pero hubo algunos enfrentamientos fuertes, de cierta ruptura, a la hora de discutir e implementar políticas educativas y, sobre, todo de promoción del protestantismo. En Cartagena y en el estado de Bolívar, los masones constituyeron un poder regional muy fuerte, toda vez que ocuparon los principales puestos del poder político y militar de la región, pero en el país su presencia fue menos notoria. Además, fueron proclives a la figura de Tomás Cipriano de Mosquera, quien siempre tuvo en Juan José Nieto, el principal caudillo costeño, su principal aliado. Igualmente, la masonería costeña colaboró de modo estrecho con la causa de Rafael Núñez en contra del radicalismo bogotano, reinoso, razón por la</p>	<p>cual no conoció las persecuciones de que fueron objeto las logias radicales de Bogotá y Santander con la instauración de la Regeneración.</p> <p>En Bogotá, la logia Estrella del Tequendama (12 de enero de 1849) fue expresión de la corriente radical del liberalismo. Se caracterizó por su anticlericalismo, su elitismo y por su interés de promover el romanticismo francés. Fue fundada por cinco artistas españoles, dos comerciantes, uno español y otro francés, y solo dos neogranadinos; muy pronto confluyeron a esta abogados y comerciantes miembros de la élite bogotana y nacional, en este aspecto Loaiza insiste en la vinculación de muchos jóvenes, pero no debe olvidarse que algunos masones vinculados, sobre todo los militares, habían vivido la etapa inicial de la masonería, en la década del veinte, y muy posiblemente, al esta renacer, se reafiliaron. La logia tuvo como antecedentes asociativos las Sociedades filarmónica (1846), lírica (1847), y la protectora del teatro, lo que explica su interés por reformar las costumbres cívicas y religiosas. La logia Estrella del Tequendama, junto con la Sociedad Democrática de Bogotá, y el periódico <i>El Neogranadino</i> (4 de agosto de 1848) fueron entidades asociativas determinantes para el ascenso del liberalismo y las reformas anticlericales de mitad del siglo. Desde un principio, la logia reivindicó su carácter de institución filantrópica, consagrada a la “caridad, la igualdad y el amor”; promovió la expulsión de los jesuitas, el anticlericalismo, la abolición de la esclavitud, la instauración del matrimonio civil y el divorcio, y marchó al lado de las instituciones liberales.</p> <p>Desde un comienzo se apartó de los lineamientos del Supremo Consejo de Cartagena, y sus miembros, una minoría, fueron portavoces de un proyecto de nación moderna y laica, así como del librecambio, lo que fue posible gracias a su cercanía al gobierno de José Hilario López, y a que ejercieron funciones administrativas públicas, no solo en Bogotá, sino en varias regiones del país, de manera especial en el centro, lo que se hizo evidente entre 1849 y 1854. Luego, en 1870, fue esencial en la promoción del proyecto de educación laica. Su vida estuvo sometida a los vaivenes de la facción radical del liberalismo colombiano. Cumplió</p>

un papel fundamental en la Asamblea Constituyente de 1863. Loaiza intenta establecer los momentos en que la logia tuvo especial participación en la vida pública colombiana y los que estuvo marginada, o desapareció, lo que es improbable. Es así como, al parecer, sus miembros conservaron gran influencia en la política y en el periodismo, por ejemplo, en 1854, en la coyuntura de la revolución de Melo, los masones estaban divididos, aunque un sector importante se inclinó por el legalismo, por los constitucionalistas, otro, menor en número, apoyó la revolución pues Melo era masón. Del mismo modo, en la coyuntura de 1867, con el derrocamiento de Mosquera, que dio paso al Olimpo Radical, los principales promotores y gestores del golpe fueron, además de radicales, masones, pero Mosquera, quien también era masón, contaba con un grupo de adeptos “hermanos”, toda vez que, en 1864, había dividido la masonería con la fundación del Gran Oriente del Centro, con anterioridad, en 1858, junto con militares costeños, la logia Filantropía Bogotana, y en 1859 erigió, en Palmira, la logia Estrella del Pacífico. Posteriormente, en los años anteriores a la caída del liberalismo, entre 1885 y 1886, fue determinante el radicalismo, aunque en decadencia, conformado por masones; la contraparte, el liberalismo moderado, también tuvo en sus huestes masones.

En este capítulo el autor adelanta un análisis importante de la mencionada Escuela Republicana, sobre todo en lo relacionado con la participación de sus miembros en la Administración Pública, dada su formación como abogados, aunque, según parece, fue mucho más determinante su origen en los comerciantes. Es interesante el planteamiento de que la mayoría de sus integrantes fueron imitadores de la cultura revolucionaria francesa, como también que el radicalismo que practicaron no pasó de lo verbal, no coincidió con sus prácticas religiosas y algunos terminaron militando en el conservatismo. Asimismo, hace un sugestivo análisis sobre el caudillo caucano Tomás Cipriano de Mosquera, quien intentó construir una red asociativa, teniendo como pretexto la masonería, de alguna proyección nacional, que no era ni liberal ni conservadora, sino mosquerista [Loaiza, 2011, pág. 187]. Aporta importantes elementos

para comprender el problema anticlerical durante los decenios del sesenta y setenta.

La segunda parte se centra en la sociabilidad conservadora, en la que presenta la otra cara de la sociabilidad, la que trató de promover el Partido Conservador en alianza con la Iglesia católica, pues fue fundamental en ella la actuación de los curas en los pueblos, en especial en las zonas de tradicional poblamiento indígena, así como las cofradías, y las congregaciones católicas. Esa sociabilidad se caracterizó por oponer sociedad a sociedad, tribuna a tribuna y periódico a periódico, en defensa de un estado teocrático; aunque pretendió oponerse a la modernidad, tuvo que adaptarse a esta, lo que implicó cierta modernidad de la Iglesia y sus aliados conservadores. Es decir, ante la fuerza que adquirió la sociabilidad liberal y el anticlericalismo, los conservadores y sectores del clero promovieron prácticas asociativas que, en la forma, tenían semejanza con la sociabilidad liberal, pero en el contexto de sus programas, en sus objetivos, e incluso, en su simbología cotidiana, reivindicaban el ideal de una república católica, de una república de creyentes más que de ciudadanos [Loaiza, 2011, pág. 217]. También fundaron asociaciones musicales, academias religiosas, conferencias dominicales, congregaciones de caridad, sociedades católicas, sociedades de fraternidad cristiana, periódicos que divulgaron los valores de la religiosidad católica, moralizaron al pueblo, etc.

La reconstrucción de esa sociabilidad requirió de Loaiza un esfuerzo mucho más arduo que el adelantado para la sociabilidad liberal, pues de una u otra forma sobre esta existían mayores indicios, estudios, etc. De allí que arranque su análisis desde la época de la Independencia, a la vez aporta una valiosa búsqueda documental. Al igual que en la primera parte, establece un periodo inicial, 1849-1854, en la lucha por el control artesanal, pues los artesanos eran el sector popular de la sociedad neogranadina con mayores posibilidades políticas y culturales, ya que muchos de ellos sabían leer y escribir, poseían cierta experiencia asociativa, etc., de allí el esfuerzo de liberales y conservadores por coaptarlos. Se promovieron entonces Sociedades Populares que no tuvieron la cobertura

geográfica nacional alcanzada por las Sociedades Democráticas, ni la fuerza combativa de las primeras. Al igual que los liberales de élite, sus contrapartes conservadores tuvieron su propio club: la Sociedad Filotémica, de mucha menos duración y presencia en la vida pública.

Las formas de asociación conservadoras comenzaron a ser efectivas después del golpe de Melo en 1854, pues el artesano, decepcionado del liberalismo, estableció alianzas con los notables conservadores y la Iglesia católica, orientaron sus asociaciones hacia la protección mutua, la lucha por el respeto a su trabajo y la autoeducación, como una forma de defensa, de lucha, contra la ruina de algunos gremios. Solo en 1875 los artesanos de Bogotá restablecieron alianzas políticas con reconocidos liberales independientes. Entretanto, se dieron algunos pasos importantes en la consolidación de esa nueva sociabilidad: en 1865, comenzaron en Bogotá los primeros síntomas de una nueva sociabilidad artesanal, enfocada en la actividad mutual. En 1866, se fundó el círculo de La Alianza, con cobertura nacional e interesada en crear un partido político independiente de las élites; esta asociación tuvo su propio periódico y su caja de ahorros, se preocupó por promover el mutualismo, proteger y defender a los artesanos y por establecer y mediar alianzas políticas; una minoría logró vincularse a la masonería, los sectores más avanzados políticamente fueron los ebanistas y los tipógrafos. En 1867 se concretó la fundación de la Sociedad Nacional de Artesanos Unidos de Colombia. En 1868 se estableció cierta alianza con la Sociedad de San Vicente de Paúl, la principal institución caritativa de la élite católica de Bogotá. Sin embargo, al igual que con los liberales, las alianzas políticas con el conservatismo nunca fueron beneficiosas para los artesanos, asimismo los conservadores no hicieron mucho por defender los intereses económicos de los artesanos. En 1876, la Alianza logró crear la Sociedad de Socorros Mutuos de Bogotá. Para 1880, el mutualismo artesanal de Bogotá estaba subordinado a la anuencia del arzobispo, era él quien autorizaba su funcionamiento para evitar cualquier sospecha de funcionamiento como una

RESEÑAS		
<p>sociedad secreta que divulgaba ideas anticatólicas.</p> <p>La Iglesia católica y la dirigencia conservadora se preocuparon por frenar y combatir cualquier cosa que se consideraba impía: la masonería, el protestantismo y el espiritismo. En este último aspecto, Loaiza hace un aporte importante pues es un asunto olvidado por la historiografía nacional. No vacila en catalogar al espiritismo como una forma de asociación disidente del anticatolicismo, vinculada con el anarquismo y el socialismo, próxima a las expresiones políticas de los sectores populares [Loaiza, 2011, pág. 249], la que dado su aroma de secreto debió de atraer a varios sectores de la sociedad. En su cuidadosa búsqueda documental, de manera especial la prensa artesanal, logró encontrar importantes huellas de la presencia del espiritismo en la sociedad neogranadina y colombiana, y la lucha de la Iglesia, que lo consideraba como una especie de prolongación del protestantismo y de ser un producto del libre albedrío y del individualismo, así como una forma de herejía, por lo que emprendió una denodada e intolerante persecución. Aunque es un somero estudio de caso, nos parece que abre una importante veta de investigación, porque existen indicios de la fuerte presencia del espiritismo en la idiosincrasia de las clases populares, por ejemplo, no olvidemos que en el siglo XX, el destacado sindicalista tolimense Raúl Eduardo Mahecha Caycedo (1884-1940), militante del socialismo y comunismo, muy vinculado a la organización de la actividad sindical de los años veinte, sobre todo de la petrolera y figura destacada de la huelga bananera de 1928, fue también curandero, homeópata, y en sus últimos años espiritista.</p> <p>A diferencia de lo contado y lo analizado sobre la sociabilidad liberal, para la conservadora Loaiza es mucho más cuidadoso en suministrar información, por ejemplo, se extiende en presentar el periodismo practicado por los conservadores. Con acierto, presenta la sociabilidad conservadora vinculada en forma estrecha a la caridad, toda vez que fue una práctica basada en el contacto directo con los pobres, que pagó y prolongó la adhesión masiva de la población a la religión católica, encarnada esencialmente en la Sociedad</p>	<p>de San Vicente de Paúl (1857) y la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús (1864). La práctica de la caridad por parte de la Iglesia y los conservadores tuvo importantes fundamentos ideológicos, no fue un instrumento subversivo, emanó de una concepción jerárquica e inmutable de la sociedad, que buscó crear un clima de armonía entre ricos y pobres [Loaiza, 2011, pág. 262].</p> <p>Loaiza presenta la Sociedad de San Vicente de Paúl, fundada en Bogotá, como una estrategia adoptada por el conservatismo para enseñar la religión católica, se preocupó por recolectar fondos, tuvo un consejo directivo y un reglamento, en el que se establecieron tres frentes de trabajo: la hospitalaria, la limosnera y la docente, a la que se sumó la de propaganda. Se determinaron dos clases de miembros: los activos y los contribuyentes. Desde un comienzo, la Sociedad estableció y se comprometió por instaurar relaciones directas y sistemáticas con la pobreza. Tuvo comunicación directa con la organización central fundada en París en 1833, y poco a poco se fueron formando conferencias o filiales, en las otras ciudades y centros urbanos de la república: Medellín, Pasto, Popayán, Tunja, hasta completar veintitrés, en las que confluyeron hombres y mujeres, y no fue extraño que participaran liberales masones, la mayor parte como contribuyentes.</p> <p>Es interesante el planteamiento de Loaiza sobre la poca presencia de la sociabilidad católica en la costa Atlántica, donde, parece, la alianza entre los masones y la Iglesia católica había hecho definitivamente superflua la utilización de instrumentos asociativos adicionales [Loaiza, 2011, pág. 271]. A pesar de ello, nos parece que se quedó corto en presentar la sociabilidad liberal, en especial en lo relativo a la beneficencia, pues, quiérase o no, fue la forma particular que adoptó la masonería radical para contrarrestar la acción de la caridad conservadora. Despacha el tema con facilidad afirmando que las Juntas de Beneficencia tuvieron existencia efímera; sobre el particular creemos que esa apreciación no es cierta. El aparte dedicado a la contribución de las mujeres a la sociabilidad conservadora contiene una atractiva presentación de la Asociación del Sagrado Corazón de Jesús, en ella Loaiza resalta que esa</p>	<p>asociación desempeñó un papel importante en el crecimiento de la mujer como ente social, pues se inició una etapa más autónoma en la cual las matronas católicas dejaban de ser un simple apoyo de las actividades de la Sociedad de San Vicente de Paúl. La nueva asociación femenina distribuía sus tareas en cuatro secciones: reformadora, catequista, celadora y la de caridad [Loaiza, 2011, pág. 283]. Esta sociedad tuvo un notorio crecimiento, pues, en 1868, cuatro años después de su fundación, contaba con mil socias que cumplían labores no solo en Bogotá, sino en algunos de los pueblos aledaños, extendiéndose luego a las ciudades que desde los tiempos coloniales habían sido centros urbanos: Bogotá, Pasto, Popayán, Cartagena, y proyectándose en los estados de Cundinamarca y Antioquia. Entre 1864 y 1875 alcanzó a tener treinta filiales y en 1882 contaba con treinta y nueve.</p> <p>Novedosa es la información que suministra sobre la fundación y accionar de Sociedades de institutores durante la década de 1870, como apoyo al proceso educativo laico que se impulsó por el radicalismo. Como también las acciones ideadas por la Iglesia y los conservadores para contrarrestarlo, en concreto con la erección en Antioquia y Cauca de Sociedades Católicas y Juventudes Católicas, totalmente intransigentes, como preliminares asociativos, para la formación del Partido Católico, antecedente inmediato del Partido Nacional, que plasmó la alianza política de la élite conservadora y la facción moderada del liberalismo en nombre de la lucha contra el Olimpo Radical [Loaiza, 2011, pág. 290]. La época corresponde a la implantación del Syllabus (1864) y del espíritu ultramontano, promovidos por el Vaticano, a partir del Concilio Vaticano I (1869-1870), consistente en reestructurar el accionar público y privado del clero, convirtiéndolo en un ente austero, intolerante y predicador activo.</p> <p>Queda claro en la disertación adelantada por Loaiza que en la Colombia de entonces existieron notorias diferencias regionales en el catolicismo, que hemos esbozado con anterioridad, faltando decir que fue en el sur y el occidente (Pasto, Popayán y Medellín) donde el clero y la élite conservadora mostraron actitud intolerante,</p>

intransigente, en el plano religioso, y antiliberal en el plano político. Allí, lo ultramontano encontró terreno abonado. Es así como las Sociedades Católicas, entre 1870 y 1876, tuvieron su máximo desarrollo en Antioquia y Cauca, sobre todo en la primera, pues allí actuaron unas élites conservadoras conformadas por políticos, comerciantes, empresarios y banqueros, que procuraron crear una estructura institucional de divulgación del catolicismo ultramontano, sin descuidar sus propios intereses. Las Sociedades Católicas establecidas en las regiones anotadas desempeñaron un papel determinante en la guerra civil de 1876.

La tercera parte está dedicada a la sociabilidad promovida por la escuela y la religión. En el caso de la escuela, es claro que, durante el siglo XIX, las élites, sin distinciones políticas, coincidieron en la necesidad de implantar y consolidar un sistema nacional de educación pública; las discrepancias surgieron en torno a quiénes iban a tener el control ideológico en los contenidos que la institución educativa debía irradiar, trasladándose así al plano educativo la lucha por la preeminencia de lo laico y lo eclesiástico [Loaiza, 2011, pág. 319]. Luego de hacer un recuento sobre sociabilidad y escuela en los inicios de la república, Loaiza pasa a analizar la escuela durante el radicalismo entre 1867 y 1885, en la que destaca dos hechos esenciales: la fundación de la Universidad Nacional en 1867, y la expedición del Decreto Orgánico de Instrucción Pública en noviembre de 1870. Del conjunto del libro, lo pertinente a la educación es, quizá, lo que menos elementos novedosos contiene, toda vez que es un aspecto por el que se ha preocupado la historiografía colombiana. De alguna manera, Loaiza retoma parte de esa nutrida producción y la presenta y orienta hacia la sociabilidad.

Termina la tercera parte con un extenso capítulo a manera de epílogo, titulado “Hacia la Regeneración”. En él aporta elementos importantes en lo relacionado con los esfuerzos hechos por liberales y conservadores por establecer librerías e imprentas, con el fin de conquistar un mercado de lectores, así como por conformar bibliotecas ideales, pues son indicativos de la lectura básica del ciudadano, liberal o

conservador, de la segunda mitad del siglo XIX, así como los esfuerzos de unos y otros por ampliar el número de ciudadanos electores, pues en ese tiempo, entre los requisitos para poder votar se encontraba el saber leer y escribir. Deja muy claro que pese a ser una minoría, la élite liberal masónica, en especial la radical, tuvo una presencia decisiva, hegemónica si se quiere, en la vida pública colombiana, pues, entre 1849 y 1885, con mucha frecuencia controló el aparato administrativo del Estado central. No obstante, la hegemonía radical fue bastante relativa en lo que concierne al control sobre los estados federales.

Loaiza plantea que con la guerra civil de 1876 se consolidó el desmoronamiento del liberalismo radical y el fortalecimiento de la alianza entre liberales moderados y conservadores contra el radicalismo radical, mediante la creación del Partido Nacional en 1878, que obró como un ente conciliador entre azules y rojos moderados, en aspectos económicos y administrativos, más no en lo religioso. La Iglesia católica cumplió un papel definitivo en el proceso de pérdida de poder del radicalismo pues logró desarrollar una estrategia para doblegar el asociacionismo masónico, mediante la promoción de la posibilidad de retracción pública, una verdadera deserción, a favor del catolicismo de los miembros de la masonería, con lo que demostró su poder espiritual. Aunado a todo esto fue innegable que después de la guerra de 1876 los partidos políticos experimentaron un relevo generacional, aparecieron nuevos caudillos regionales y muchos de los existentes se realindieron desde el punto de vista político, lo que afectó al radicalismo pues no pudo o no supo consolidar una nueva dirigencia, salvo figuras como Rafael Uribe Uribe o Benjamín Herrera, luego de la muerte de sus máximos dirigentes: Manuel Murillo Toro en 1880 y Manuel Ancizar en 1882. El Partido Nacional fue un experimento por compartir políticamente entre las élites conservadoras y liberales moderadas, experiencia que ya se había dado en el plano cultural y científico.

Así, el libro de Loaiza Cano es un mojón importante para estudiar no solo la sociabilidad de la segunda mitad del siglo XIX, sino la historia cultural

y política, pues todavía faltan muchos trabajos, sobre todo en el ámbito regional y local, para comprender de manera integral ese fenómeno que de modo indudable debe tener otras aristas diferentes a las analizadas por nuestro autor. En realidad, desde la década de los ochenta del siglo XX, se retomó a la sociabilidad como categoría de análisis, algunos de los estudiantes de doctorado en Francia, especialmente con el profesor François-Xavier Guerra, trataron de escribir sus disertaciones doctorales utilizando dicha categoría, con muy discretos resultados unos y otros definitivamente cesaron en el empeño. Loaiza, sin duda, asumió el reto y lo llevo a final feliz.

José Eduardo Rueda Enciso

Profesor titular, Escuela Superior
de Administración Pública